

**“NICOLAS AVELLANEDA Y
PAUL GROUSSAC”**

BOLETIN, Nº 2

AREA INVESTIGACION Y BIBLIOTECA

**MUSEO CASA HISTORICA
DE LA INDEPENDENCIA**

2

MUSEO CASA HISTORICA DE LA INDEPENDENCIA

**“NICOLAS AVELLANEDA Y
PAUL GROUSSAC”**

REIMPRESION FACSIMILAR DEL CAPITULO
“NICOLAS AVELLANEDA” (“LOS QUE PASA-
BAN”, 1919) DE PAUL GROUSSAC Y DE “DON
PABLO GROUSSAC, ENSAYO HISTORICO SOBRE
EL TUCUMAN” DE NICOLAS AVELLANEDA,
1892).

PROLOGO DE CARLOS PAEZ DE LA TORRE (h)

NICOLAS AVELLANEDA Y PAUL GROUSSAC

Este año se cumple el centenario de la muerte del doctor Nicolás Avellaneda. Como en el caso de Alberdi, ocurre con este otro ilustre comprovinciano, que es tan citado como poco conocido. ¿Quién sino un bibliófilo -o una biblioteca pública- pueden tener, a esta altura, esos doce tomos de los *Escritos y discursos*, que aparecieron a partir de 1910? ¿Y quién -que no sea un historiador o un estudioso- es capaz de internarse en el vario y desperejo material de los doce tomos, en estos tiempos, cuyo ritmo en nada anima a la lectura de textos redactados hace más de un siglo? Nada han hecho, por otro lado, el Estado o los particulares, para que el pensamiento de hombres como Avellaneda siga en el dominio público. Según nuestras noticias, hace muchas décadas que dejó de editarse, siquiera en "trozos selectos", la obra escrita del ex presidente.

De manera que, al siglo de su muerte, paradójicamente, los ciudadanos se encuentran con que hay que homenajear a alguien que no saben muy bien quién es, ni qué hizo, aunque lleven su nombre muchas calles, plazas y escuelas de la República Argentina.

Mientras se toman las medidas generales para que estas situaciones desaparezcan, es de esperar que quienes tengan responsabilidad sobre nuestro patrimonio histórico y cultural, sientan la necesidad de divulgar páginas reveladoras de los hombres que construyeron la Argentina. Tal sentido tiene mi adhesión -con las líneas que siguen- a esta publicación de la Casa de la Independencia.

Los dos textos que reproduce representan un material por demás significativo. El que Paul Groussac escribió, en 1919, como un capítulo de *Los que pasaban*, titulado *Nicolás Avellaneda*, puede computarse como un testimonio singularmente vasto y objetivo, sobre la vida y acción del ilustre presidente. Tiene, además, para los tucumanos, la atracción de incluir páginas, por demás interesantes, sobre la vida de nuestra provincia en esa década de 1870 que su autor pasó entre nosotros.

El otro texto pertenece a Nicolás Avellaneda. Es un estudio sobre la *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*, dirigida por Paul Groussac. En realidad, se refiere al *Ensayo histórico* con que se inicia el libro. Pero va mucho más allá de comentar aquella tarea juvenil del distinguido escritor, que se imprimiera en 1882. En realidad, el *Ensayo* le proporciona pretexto para hacer, velozmente, una revista a la historia de su provincia, llena de observaciones sagaces y certeras, trazada con el estilo de quien, además de uno de nuestros grandes presidentes, fue también un eminente prosista argentino, y el fundador de nuestra crítica literaria.

Es así que, en síntesis, esta edición rescata escritos que podrían considerarse como "Avellaneda, la Argentina y Tucumán según Groussac" y "Tucumán según Avellaneda", por encima de los títulos que sus autores respectivamente les pusieran. Son páginas bastante poco conocidas en la actualidad (pasaron como desapercibidas la reedición completa de *Los que pasaban*, en 1973, y la parcial que se hizo en 1980; y en cuanto a Avellaneda, nos remitimos a lo dicho al principio); sin duda contar con ellas representa un aporte a la formación de conceptos claros sobre el pasado nacional y provincial, a través de lo que escribieron figuras protagónicas.

Nicolás Avellaneda y Paul Groussac se dispensaron, recíprocamente, una fiel amistad. El maestro francoargentino nunca olvidaría cuando el ministro de Instrucción Pública de la presidencia Sarmiento interrumpió sus actividades para recibirlo, a pesar de que se trataba de un anónimo escritor debutante, que hablaba en "media lengua". Y no solo lo recibió, sino que, el instarlo a quedarse en la Argentina y ofrecerle una cátedra en Tucumán -que el jovencito aceptó-vino a ser, en cierta manera, el responsable de que nuestro país se beneficiara con la tarea y el magisterio imborrables del autor de *Los que pasaban*.

Avellaneda, por su lado, (y demostrando que la pasión absorbente que ponía en su ministerio, no le impedía estar simultáneamente atento a los hombres nuevos y valiosos), ya había advertido, en algún artículo firmado por este jovenzuelo, la presencia de un material diferente: "no habíamos leído en nuestro idioma apreciaciones más finas y de vuelo más elevado", donde se aplicaban, en el país, "los procedimientos de la crítica moderna", narra a propósito de un comentario sobre Espronceda. Al conversar con él ese día, en el despacho -y en el curso de una entrevista donde la curiosidad y satisfacción de Groussac por el honor dispensado luchaban, en su interior, con la urgencia de no perder "cierta cita en la Recoleta" -Avellaneda vino a sellar el destino del futuro historiador y crítico.

La entrevista está relatada en la novela *Fruto vedado*, donde Groussac -bajo el nombre de Marcel Renault- es el protagonista. Avellaneda lleva el transparente nombre de "Doctor Nogales", y Groussac lo describe como de "aspecto enfermizo y febril", pero "capaz de sostener quince horas al día discusiones políticas, despachar los negocios de Estado, escribir cincuenta cartas electorales, y acostarse a las dos de la mañana para saborear un artículo literario de Macaulay o de Prévost-Paradol". Y, autobiográficamente, apunta que Renault-Groussac, "en su desinteresado estudio de la cuestión presidencial, conceptuaba provechoso para el país que lo albergaba, el éxito de este nuevo partido nacional, que daba libre entrada y situación al ilustrado elemento juvenil, y rompía con el exclusivismo estrecho y las rivalidades estériles de los bandos porteños"...

Aconsejado por Alfredo Cosson, Groussac aceptó la oferta del ministro y vino, pues, a Tucumán. En nuestra provincia residió desde 1871 hasta principios de 1882, salvo breves intervalos. Tucumán sería, usando sus propias palabras, la tierra de su "segundo noviciado argentino: allí estudié, allí sufrí, allí amé" diría alguna vez. En efecto aquí ejerció el periodismo, como director de dos diarios, el efímero *La Unión* oficial, y luego *La Razón*, propiedad este último de Pedro Alurralde y Lídoro Quinteros, donde también actuó como editorialista. Desde sus columnas, defendió fervorosamente a Nicolás Avellaneda durante la campaña presidencial de 1874, tarea que cumpliría también en una misión especial en Catamarca. Fue, igualmente, funcionario del gobierno de Belisario López, como presidente de la Inspección y Consejo de Instrucción Pública, y también, profesor del Colegio Nacional. Sus conflictos con el rector de este último, José Posse, determinaron su cesantía "por actos de altivez rayanos en insubordinación". Pero luego Avellaneda lo designó en un nuevo cargo, el de "comisionado nacional de Instrucción Pública en las provincias del norte", del que pasaría luego a director de la flamante Escuela Normal de Tucumán.

Todos estos años - a los que Groussac se refiere en detalle en *Los que pasaban* y en *El viaje intelectual*, aparte de constituir gran parte de la trama de *Fruto vedado* y ser objeto de alusiones afectuosas en prácticamente todos sus libros- resultaron fundamentales en la formación del joven francés. En efecto, en su capítulo sobre Alfonso Daudet de *El viaje...*, narra cómo armó lo esencial de su bagaje intelectual utilizando la biblioteca "interesante pe-

ro severa" del Colegio Nacional de Tucumán, que leía incansablemente en sus habitaciones de aquella "fría y desnuda" Escuela Normal de los primeros tiempos. Y fue en Tucumán donde, en el verano de 1881 - 82, escribió su primer trabajo histórico, debutando en un terreno donde vendría a ser luego indiscutido maestro.

Además de estas referencias, no debe dejarse de notar que el magisterio de Groussac se reflejaría beneficiosamente en Tucumán, al traer a la provincia un eco renovado del que desempeñara, entre 1858 y 1862, el inolvidable Amadeo Jacques, en el desaparecido Colegio San Miguel: el espíritu liberal y la independencia de juicio, cualidades tan francesas, quedarían en sus discípulos como una perenne lección, acalladas sus peleas en el diarismo lugareño, donde el impetuoso profesor participaba con un entusiasmo desproporcionado a las cuestiones en juego... Si la acción de Avellaneda dio a Tucumán su primer historiador, y possibilitó muchas de las más bellas páginas que sobre la vida y cosas de la provincia se hayan escrito, parece difícil no considerar a aquella cita en el despacho ministerial, "una mañana de febrero de ese terrible verano del 71", como un acontecimiento de multiplicado y benéfico efecto posterior.

Respecto a Nicolás Avellaneda, Groussac guardaría toda la vida una deferencia especial. "El protector de la primera hora fue amigo constante y solícito hasta la última; tuvo siempre presente al protegido, animando su timidez, siguiendo de lejos su estudioso esfuerzo, pronunciando su nombre en alta voz y con el mismo cariño en el salón presidencial o en la mesa de familia", dirá agradecido. Como él mismo lo cuenta, sus relaciones, a causa de la frecuentación, pasaron "del respeto afectuoso a una confianza cordial", sin que el francés sintiera nunca "alzarse entre su condescendencia y mi asombradiza altivez, el tabique invisible de la etiqueta". Groussac lo visitaba tanto en el despacho como en su casa de la calle Moreno, cuya mesa compartió muchas veces.

En otras oportunidades, el presidente aceptaba su invitación para comer, solos, en el Café de París. "Creo en verdad -y válgame el candor si me engaño- que Avellaneda me quiso un poco", escribe Groussac, en un párrafo tan emotivo como revelador.

Este afecto de Groussac se expresaría cabalmente, también, en lo que escribió sobre Avellaneda, después de su muerte, cumpliendo "el último deber para con el amigo". A este último deber lo llenaría no solo en las magníficas notas necrológicas -que trascienden con creces la condición de tales, para convertirse en esos "medallones" que tan magistralmente sabía redactar -sino, sobre todo, en el capítulo "Nicolás Avellaneda" de *Los que pasaban*. Antes de referirnos a este último digamos que los párrafos del "medallón" sintetizan bellamente la vida del tucumano:.... "estadista tan amplio como sagaz, cuya prudencia envolvió siempre en terciopelo su oportuna energía" y que "con rara economía de gestos violentos, realizó los actos más graves de la historia contemporánea".

Me ha parecido siempre especialmente lograda esa imagen del hombre que hubiera "necesitado dos vidas" pero que, "menos feliz que otros", se "doblegó al mediodía". Así, "de su figura de pensador, solo nos queda el perfil: orador en la cátedra y literato furtivo en la tribuna, tuvo que engañar su sed artística mojando sus labios en el hueco de la mano, al pasar el río, como el guerrero bíblico"... Había podido ver, en la Exposición de 1882, como se "encarnaba el programa de su juventud realizado en la edad madura" y repetir entonces, como un *nunc dimittis*, aquella famosa frase de su primer mensaje: "Nada habrá dentro de la Nación que sea superior a la Nación misma"...

En 1919, Paul Groussac escribió *Los que pasaban*, donde se propuso recordar "a unos

pocos argentinos históricos a quienes conocí, cruzando ellos en carro triunfal la ruta en que yo peregrinaba a pie, pero, al cabo, transeúntes como yo *nel mezzo del camin di nostra vita*". Ellos serían José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña. Los capítulos más interesantes y "groussaquianos" son, como es sabido, los referentes a Pellegrini y Avellaneda. Sobre este último texto, en el prólogo, Groussac se disculparía de su abundancia de digresiones, explicando: "Son reminiscencias de mi juventud en provincias, y desde el principio está prevenido el lector de lo que le va a pasar: *insulsum est, non legitur*. ¿Será realmente insustancial una ojeada a la existencia tucumana de hace medio siglo, tratándose del hijo más ilustre de esa provincia? Reduciendo más aún el campo visual, ¿carecerá absolutamente de interés psicológico, por tratarse de un caso sin resonancia, la observación de un mocito francés -bachiller, como Lindoro- quien, súbitamente zambullido en un ambiente tan extraño al suyo, logró en pocos años asimilarse íntimamente a él por la lengua, los hábitos, el conocimiento de las cosas y antecedentes locales, en un grado que supongo haya sido rara vez igualado? Agregó, de pasada, que esto fue debido, no tanto a la 'acción del medio', según el socorrido clisé, cuanto a la influencia simpática (omnipotente a esa edad en un ser apasionado) ejercida por unos cuantos argentinos de elección -hombres y mujeres- que con su afecto se encargaron de argentinizar al joven extranjero"...

Obviamente, no haré más que alguna mínima cita textual del capítulo de referencia, que el lector tiene reproducido en las páginas siguientes. Empieza con la narración de la ya referida entrevista de 1871 y un retrato físico -ya clásico- de Nicolás Avellaneda, para pasar a diseñar un panorama político y electoral del país en ese momento, así como el papel que jugaba el tucumano en la contienda presidencial. Hay dos sugestivos retratos- y para mí, más que certeros- de los otros pretendientes, Bartolomé Mitre y Adolfo Alsina. Después, viene el *intermezzo* tucumano: su llegada a la ciudad, las campañas periodísticas, algunos personajes (José Posse, "Don Pepe"; Napoleón Uriburu, doña Rita Walker Martínez, la esposa chilena del gobernador Belisario López), sensaciones, notas de costumbres, su vida provinciana, en fin, que en 1874 hubiese terminado con un regreso a Buenos Aires, de no mediar el "reenganche que, con intervalos, duró siete años" y que lo volvió al "Tucumán de mi chifladura".

Luego, Groussac se detiene en la histórica presidencia de Avellaneda, en su "manera" de gobernar y de manejarse con los ministros, en las "zozobras de la hacienda pública", en la Conciliación y otros costados del "climatérico" período 1874 - 80. La entrada de Roca en escena tiene un sesgo personal, con aquel encuentro en el hotel de Villa Mercedes, (cuando Groussac asistió a la insólita diversión del futuro presidente de la República quien, con sus oficiales, estrellaba vasos, platos y fuentes). Allí, tras conversar con ese militar "rubio y buen mozo" cuyo "aspecto atraía, a pesar de la mirada algo suspicaz" empezaría a formarse un juicio sobre el papel que Roca jugará, después de Avellaneda, en el manejo presidencial del país.

El texto se va haciendo dramático luego, hacia las proximidades de la revolución de 1880, cuyas secuencias y vericuetos están magistralmente narrados, en un relato donde centellean los juicios absolutamente "groussaquianos". Recuerda la renuncia ministerial de Sarmiento ("el más extraordinario discurso de apología personal y 'telón corrido' que parlamento alguno escuchara jamás"); retrata a Leandro Alem ("Saint-Just sin belleza... fanático de no sé qué libertad sujeta al yugo y sectario de un hosco patriotismo, practicado como una masonería en cuya logia no debía entrar un rayo de sol..."); pinta el violento carácter

de Carlos Tejedor (“... que en sus riñas ministeriales con el presidente Sarmiento, podía, en acritud y aspereza, darle quince y falta al ‘viejo luchador’, que sólo le llevaba la ventaja de su sordera”...), etcétera. Esa parte culmina con el triunfo de la postura nacional y un recuerdo melancólico de los días de la hégira del gobierno a Belgrano, donde no falta una mujer. “Ha muerto la encantadora, han muerto los encantados”...

Después, Groussac estudia al Nicolás Avellaneda orador y literato, en sus virtudes y defectos, deteniéndose en sus admiraciones y fuentes de inspiración. Tienen penetrante interés los párrafos destinados a indagar en la psicología del enervado presidente, en su concepto de la amistad, en su vida sentimental. Las últimas páginas son, junto a una somera narración de los días finales de Avellaneda, un juicio sobre el estadista, el orador político y el escritor, “este gran argentino, tan aplaudido, tan discutido,- tan calumniado!”.

El *Avellaneda* de Groussac, a pesar de la íntima simpatía que el autor tiene por el personaje, no es de manera alguna un texto complaciente y de puro elogio. Resulta obvio, por otro lado, que el autor era incapaz de redactar algo de esa naturaleza, incapacidad de la que toda su obra fue más que sincero testimonio. Por eso, el “toque desfavorecedor” está presente siempre, junto al elogio (que también se brinda, en su momento, a manos llenas). Tenemos siempre la impresión de que estamos asistiendo a la “biografía psicológica”, como él lo quería, de un amigo admirado, pero donde la admiración nunca tuvo la deshonestidad de nublar el recto juicio. Es, al fin y al cabo, solamente un hombre, con su sabida carga de grandezas y miserias, el “que pasa” por estas páginas. Pienso que tal es la razón por la que ellas siguen vívidas y sabrosas, mientras olvido y tedio han caído, definitivamente, sobre los infinitos discursos de panegírico que a Avellaneda se dedicaron. Y pienso también que ésa y no otra, es la razón por la cual (en un país como el nuestro, donde solo nos manejamos con la máxima diatriba y el máximo elogio, sin términos medios) generalmente no son citadas, a pesar del brío y la nobleza estilística que les sobra. Es claro: quienes no simpatizan con Avellaneda, las encuentran elogiosas y por eso las descartan, y a quienes sí simpatizan, les parece que el elogio es demasiado reticente, y por la misma causa, las descartan también. Prueba de ello es que, en este centenario, a nadie -con la feliz excepción que motiva este prólogo- se les había ocurrido reeditarlas, a pesar de que, como todos los textos de Groussac, son un verdadero clásico de nuestras letras.

Ahora bien, el texto de Avellaneda sobre la obra juvenil de Groussac, tiene otra historia. En febrero de 1882, se inauguraba en Buenos Aires la Exposición Continental, preparada por el Club Industrial Argentino. Además de una nutrida muestra de sus productos -que ordenó la comisión presidida por Federico Helguera-, la provincia de Tucumán presentó, en esa oportunidad, un voluminoso libro de 743 páginas, titulado *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*. El mismo había sido redactado por una comisión nombrada por el gobernador Miguel M. Nougués (decreto del 29-X-1881), de acuerdo a instrucciones del Ejecutivo Nacional, que mandaba abrir concursos en todas las provincias, “para la redacción de memorias descriptivas bajo el punto de vista agrícola e industrial”. Estaba presidida por Paul Groussac, y la integraban su compatriota Alfredo Bousquet, los doctores Javier F. Frías y Juan Manuel Terán, y el profesor italiano Inocencio Liberani.

La Comisión se constituyó en noviembre, pero solo a mediados del mes siguiente pudo empezar a trabajar. En un tiempo increíblemente breve (lo que induce a pensar que, probablemente, antes de producirse oficialmente el encargo, los comisionados ya tenían noticias de él, y estaban preparando el material), el 24-I-1882, giraban al Gobierno el trabajo termi-

nado, que sería pulcramente editado en Buenos Aires, por la imprenta de M. Biedma, de la calle Belgrano 133 - 139, ese mismo año.

Groussac era autor de casi la mitad del libro: 338 páginas, que constituían toda la primera parte, y la segunda hasta el capítulo V, inclusive. Esa primera parte (páginas 3 a 254) estaba ocupada por el *Ensayo histórico sobre el Tucumán*, y la segunda iniciaba la "Descripción" de la provincia.

Hay que hacer notar que, hasta ese momento, nadie había encarado una obra histórica sobre Tucumán, sacando la "serie de artículos descriptivos y noticiosos" que constituían el *Provincia de Tucumán* de Arsenio Granillo (1872), y que no tenían en absoluto esa ambición. El libro de Granillo -como lo diría Avellaneda- era solamente "una colección de datos" donde, aunque "muy interesantes", faltaba "el *verbum* interior que se hace carne con la palabra y que da carácter personal a un libro", aparte de tratarse de una obra que solo tenía "propósitos actuales, y no es histórica". El *Ensayo* era totalmente otra cosa. Por primera vez, alguien se internaba en el pasado de la provincia, buscando hacer obra de historiador.

El texto de Groussac (cuya reedición facsimilar tuvimos el gusto de cuidar, por encargo de la Fundación Banco Comercial del Norte, en 1981, además de prologarlo con un escrito nuestro, *Los años tucumanos de Paul Groussac*), no podía sino impresionar a cualquier hombre estudioso de su tiempo. Inclusive, a quienes no supieran que el autor capaz de escribir de esa manera, y de manejarse con semejante desenvoltura en un tema hollado por primera vez, no era argentino sino francés, y sólo hacía una década que residía en la provincia cuya historia presentaba. El mismo Groussac, después, consideraría a su obra como algo ligero, "juvenil" y de "desenvuelta insuficiencia": pero es sabido que uno no es el mejor juez -sea para elogiar o para deprimir- de la propia producción.

De cualquier manera, Nicolás Avellaneda, tratándose de un tema tan caro a su espíritu como era la historia de su provincia natal (y siendo la carrera reciente del autor un poco obra suya) no podría dejar de opinar sobre el particular. Y lo hizo -debe subrayarse- a pesar de la enfermedad que ya había empezado a golpear su organismo, después de aquella presidencia de la que descendiera con "inmenso cansancio".

Así fue que escribió ese texto titulado *Don Pablo Groussac. Ensayo histórico sobre el Tucumán*, que se reproduce en el volumen I de los *Escritos y discursos*, y que se inicia narrando las circunstancias en que conoció a Groussac, así como haciendo una valoración de su actividad en Tucumán, hasta llegar al rectorado de la Escuela Normal, como "*alma* de aquella *alma mater*". Ello, para pasar a ocuparse del *Ensayo*, de las circunstancias en que fue encargado y la premura para redactarlo ("tres semanas"), que sería sorprendente, aclara, si no se supiera el ahinco con que el autor estudiaba, desde una década atrás, los temas históricos. Dice claramente Avellaneda que una obra como esta "no tiene precedentes".

De allí en adelante, empieza a pasar las páginas del libro. Se va deteniendo en las que le atraen más, y deja prendidos en ellas el hilván de una reflexión, o de una referencia: hace un subrayado sobre los indios "vestidos" que se presentaron a Huiracocha, otro sobre la caña de azúcar, arriesga una posible etimología de la voz *Tucumán*. Al hablar de la conquista, comenta las afirmaciones de Groussac añadiendo un juicio de Draper sobre la destrucción de los indios por obra del despiadado español. Cuando se habla de la Inquisición, evoca una cita del *Semanario erudito*, preguntándose si el judaizante que se quemó en 1725 en la plaza de Valladolid sería el primer tucumano que cruzó los mares; o habla del chirrido de las ruedas de la carreta tucumana, llamándolo un "ruido nacional".



NICOLAS AVELLANEDA
en la época de la presidencia

NICOLAS AVELLANEDA
en una fotografía juvenil



Ya en la época de la Revolución de Mayo, enriquece el *Ensayo* con una lista de nombres de los provincianos educados universitariamente en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX. Junto a muchos de los nombres, viene un brevísimo "medallón", a veces con cierto humor (como cuando, del obispo Molina, dice que era "poeta repentista e instintivo, aunque sin gusto ni elevación. Podría apropiarse la ingenua declaración de Ovidio: *Et quidquid dicebām, versus erat...*"). Define las raíces de esa cultura, y hace notar la retrogradación que se opera en 1815, cuando "los que debían educarse pelean" y muy pocos nombres se agregan -Alberdi y Marcos Paz, entre ellos- a la larga lista anterior.

Avellaneda se detiene en el Congreso de Tucumán de 1816, para "contradecir" a Groussac, ya que le parece que "no da su verdadera importancia" a aquella asamblea. Habla de la composición humana e intelectual del Congreso, de la heroicidad de sus propósitos, del significado de sus sacrificios, de la verdadera esencia de la declaración de julio.

De repente, decora su visión con una anécdota romántica, y vemos a Fray Cayetano Rodríguez y al doctor Molina saliendo, en las tardes de 1816, a caminar en dirección a La Ciudadela, para sentarse al pie de un gigantesco tarco, y conversar de "efusiones amistosas, de ansiedades patrióticas o de reminiscencias clásicas".

Llega luego la guerra civil, y Avellaneda no puede menos que recordar a su ilustre padre, el alma de la Coalición del Norte, degollado en 1841, al fracasar aquel movimiento cuyo rasgo primordial fue "el desprendimiento supremo -dice-, porque ni aún los más alucinados contaban con el triunfo". En la emoción de esos días -que son los de su infancia- Avellaneda parece desprenderse del comentario del texto, y sigue solo. Llega, inclusive, a transcribir textualmente la proclama de su padre. Al fin y al cabo, como dice párrafos después, "escribo para los propios y no para los extraños". Proporciona entonces, como para que quede constancia, la lista de las personas que adhirieron en su ciudad natal a la Liga del Norte y termina con la anécdota de Oribe entrando, después de vencer en Famaillá. "¿Dónde están los hombres?", dicen que preguntaba, al no ver más que mujeres y niños por las desiertas calles...

El fervor se aquieta luego. Ya estamos en los días contemporáneos, y encomia la equidad de Groussac para moverse en el escabroso terreno del presente, acerca del cual comparte sus juicios. Los párrafos finales resumen la valoración del *Ensayo*. En su concepto, Groussac "investiga con libertad, piensa maduramente y proclama la verdad encontrada", saliendo "de nuestras antiguas y descarnadas crónicas".

Declara no conocer otro libro que haya contado así el pasado y presente de una provincia argentina, y espera que la vía "sea trillada por otros sin los apremios de un encargo", aunque deja asentado que, con esta obra, "el señor Groussac ha pagado noblemente su hospitalidad a la provincia de Tucumán".

Los textos de Groussac y Avellaneda que componen este tomo, no pueden sino resultar de saliente interés para los argentinos de hoy. El primero, porque nos sitúa en un ángulo distinto al de las historias conocidas: transcurre, en buena parte, en una ciudad mediterránea del país de los 70. Ciudad que ya no quería ser aldea y esperaba el ferrocarril, a través de su periodismo y sus institutos educativos, la miraba un intelectual extranjero que recién



Estatua de Nicolás Avellaneda
en la ciudad bonaerense de
su nombre, obra de la
tucumana Lola Mora.

empezaba, que era joven y que disfrutaba en plenitud de la vida. Si muchos párrafos son gratos para el tucumano, el capítulo todo no deja de atraer poderosamente a cualquiera, en cuanto es el logrado ensayo sobre una época nacional y la actuación de sus protagonistas más representativos, a quienes el autor trató y vió en la propia y ya distante escena. En cuanto al comentario de Avellaneda sobre el libro de Groussac, es la ocasión de otro ensayo -"para los propios, no para los extraños"- lleno de aciertos, grávido de ideas y bellamente escrito, sobre la evolución cívica y espiritual de la provincia, tal como la sentía el ilustre presidente cuyo centenario se conmemora en estos días.

Carlos Páez de la Torre (h)